

"Soy un delincuente"

CARMELO VILDA



Caracas se va despezando lentamente. Flota en el amanecer una luz inquietante, alucinada por los ojos-búhos de los carros que pasan por la avenida. Tensión e incertidumbre. La cámara no tiene prisa. Trepa cerro-arriba y se detiene en un rancho próximo al Helicoide. Comienza la narración épica de la pobreza con su estallido de miseria multicolor. Se despiertan una "madre" y un "hijo", no tiene más de diez años. Se levantan para recorrer durante un día más la cruda odisea, la cotidiana mitología de la violencia humana que viven los habitantes de los Cerros. El niño tiene que salir de prisa a vender periódicos. La madre debe prender el hornillo para cocinar las arepas que venderá donde las compren. No hay "padre", se nota su ausencia. Se marchó un día dejando embarazada a la mujer. No volvió más. Era un macho que no sabía crear ni mantener hogares. Va a ser este hecho la clave psicológica de la película.

De aquí en adelante Clemente de la Cerda nos va contando una historia sórdida y vulgar, la soez condición humana de la infancia y juventud marginal. La narración es lineal, estrictamente cronológica, en base a un lenguaje espontáneo, natural, casi improvisado. La cámara es implacable en su empeño por filmar la situación de tensa degradación que sufren los niños y jóvenes en unas estructuras brivonas, corruptas o taradas. Arriba, en el cerro, resulta difícil vivir, ni hay espacio para el amor. ¡El problema y la consigna es sobrevivir...!

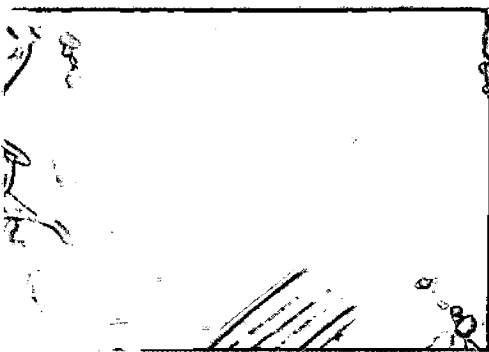
El niño crece sin padre. Comienza su iniciación sexual muy temprano bajo la guía pedagógica de una prostituta ninfómana, alcoholizada que usa y abusa de él. No es nada extraño que vaya a parar muy pronto al retén de menores, es decir, a esas escuelas de vicio que mantiene el Gobierno con el nombre de refugios de menores o del C.V.N. Cuando consigue la libertad, el ya joven Brizuela sale graduado de hampón. Su rostro de niño se ha convertido en sagaz y cínico. La cámara busca primeros planos y la expresión llega a constituirse en protagonista de la película con facciones de dolor y abandono que hacen más puntiagudo el juicio contra la sociedad que tolera vengan al mundo hijos sin cariño, sin presencia ni responsabilidad masculina. El final se adivina: después de

"salidas" y nuevas "entradas" Brizuela se hace profesional de los "retenes". Entra y sale de ellos tantas veces cuantas condesciende su hermana en ser dócil hembra de los Directivos. En la vida delincuente hay paréntesis de satisfacción, estrepitosas orgías de sexo, viajes con marihuana, noches de ron y prostitutas, lealtad a los amigos. Pero al final gana la policía. Gana una batalla, no la guerra total, porque aunque mueran abaleados los hampones, su muerte es como una pedrada en un círculo concéntrico que genera nuevas vidas paralelas.

EL LABERINTO DE LA DELINCUENCIA

El contorno general viene recortado por el espacio angosto y desurbanizado del rancho y sus veredas sin cemento. En él viven el protagonista, la madre con esposo siempre ausente y la hija prostituta. El segundo círculo está integrado por los compañeros delincuentes: marihuaneros, tomadores de caña, aventureros sexuales y también por las amigas de Brizuela (casi todas mayores que éste) frustradas en su amor y en sus proyectos de ganarse "decentemente" la vida. El tercer círculo es el mundo del "retén" con sus Profesores corruptos y sinvergüenzas.

Estos tres espacios con secuencias concéntricas de una sinfonía dodecafónica que provoca vómito virulento en los oídos, en los ojos y en el corazón. Es esa cloaca aérea más trágica que las subterráneas precisamente porque es humana. Pero hay un error de matización: "Soy un Delincuente" no provoca en el espectador aceptación de la tesis sino rechazo. Porque no hay amor ni cualidades positivas en los habitantes del cerro que filmó. Todo es asqueroso, negativo. No sólo es miserable su circunstancia, también sus corazones a pesar de la gran capacidad de goce y versatilidad anímica. En el fondo son degenerados, una cuadrilla de pillos que erosionan el país en vez de construirlo. Y esto más que reacción profiláctica desencadena una "burguesa compasión" por los miserables de los ranchos. Sucede que no se aclara suficientemente la culpa de la sociedad en la génesis, deformación y muerte del delincuente. El Director ha querido probar demasiado la tesis y la película se resiente por esto, de un apriorismo mental y formal que va más allá de la realidad



filmada. Falta un análisis más profundo de la "marginalidad" para que no podamos remontarnos de la anécdota a la tesis.

El Director nos ha metido en una madriguera, en un laberinto sombrío. El hilo explicativo es la enorme y sedienta falta de amor, que se suple con gran dosis de picardía y bonhomía connatural. Brizuela nace, crece y muere sin cariño y sin dignidad. La "madre" es la única que en la película aparece con dignidad, enferma, es verdad. Me parece, sin embargo, muy negativa la imagen de este personaje. Todos sabemos lo que las madres, carátides heroicas, representan en la antropología venezolana. En "Soy un Delincuente" aparece por el contrario como una mujer bobalicona, con actitudes pasmadas y cobardes, en pose de mártir resignada, sin capacidad de rebelión ni de protesta ante las injusticias o corrupción administrativa. Una verdadera "madre gafa" que prefiere tener a su hijo preso antes que suelto por las veredas de los cerros. Cuando Brizuela viene a recalar al puerto materno después de alguna aventura en alta mar, él aparece como el adulto y ella como muchachita tímida, domesticada y avelada.

A pesar de esto, "madre e hijo", son una fulminante acusación contra los "padrotes" de esta rica y gran hacienda que es Venezuela.

MAS ALLA Y MAS ACA DE LA REALIDAD

"Soy un Delincuente" resulta una película cruda, corajuda, cruel, sin concesiones. La denuncia es corrosiva y valiente. Temo que algunos sectores sociales no podrán digerirla y sentirán náusea. El lenguaje es directo, propio del argot hamponil o de barrio-rojo. Pero creo que al recalcar con tintas tan negras la tesis la oscurece a trechos sobre todo en momentos de montaje reiterativo, sobrecargo, o cuando se descubre en los diálogos la actitud "moralizante" y "didáctica" del protagonista más que en la real interpretación de los sucesos mismos.

Hay por otra parte demasiadas palabras. El Director debiera haber cortado

más la expresión verbal porque no se trata de teatro sino de cine. No me refiero a la tesis general "de la imagen que vale por mil palabras" sino al hecho de que en numerosas escenas bastaba el gesto, el semblante en primer plano como protagonista autónomo que no necesita del apoyo verbal porque los ojos cansados de vivir a contrapelo señalan por sí mismos nuestra culpabilidad aunque llenemos el rito de las apariencias y justificaciones sociales o vistamos encima un uniforme custodio del orden público.

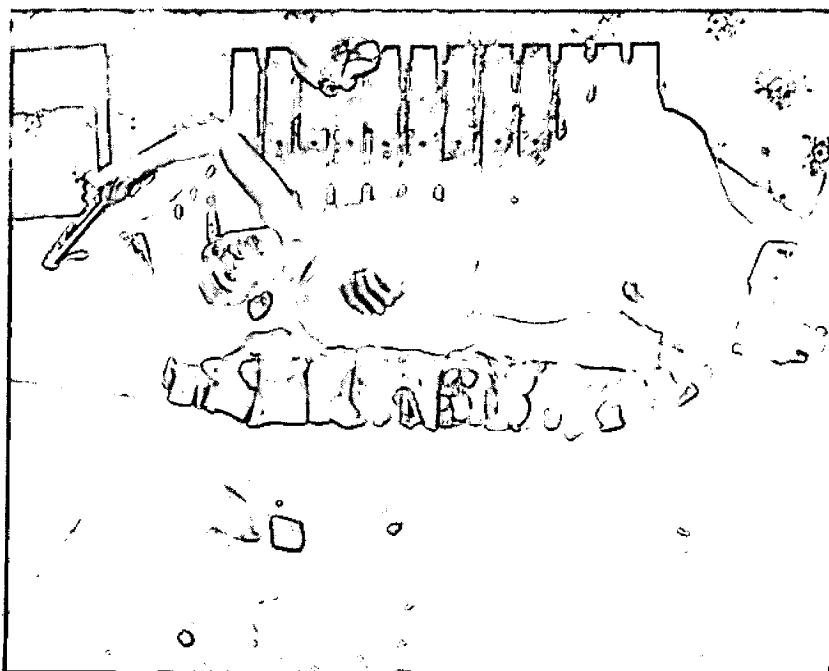
Se nota en general elaboración no suficientemente madura del conjunto. En algunas etapas de la impresión de que no se sobrepasa el reportaje periodístico, de que no se llega a la transfiguración-asunción cinematográfica que supere artísticamente la crónica reporteril. La tónica global es que se trata de un documento que quiere ser un diagnóstico pero hay más celo acusador que denuncia filmada propiamente dicha. En ningún momento, por ejemplo, aparece el plano-secuencia que

recoja, aluda y conduzca a otros planos del barrio en su vivir diario. "Soy un Delincuente" se abstrae, universaliza lo particular soslayando matices de la totalidad.

Es preciso alabar el acierto del Director en la elección de los Personajes (excepto el de la "madre" y la amiga "CHELO" que le da cariño) seleccionados del propio medio-ambiente con la única experiencia de haber trabajado algunos de ellos en grupos teatrales de barrio. Orlando Zarramera el protagonista tiene una frescura y un aguante de cámara impresionante.

La muerte de uno de los hampones, al final, así como todo, el principio está muy bien logrado: la cámara, primero cercana, se aleja lentamente después, toma altura para ampliar los círculos de referencia y circunstanciar más la acción.

Creo que estamos frente a una película-documental audaz, positiva y valiente. El tema ha sido abordado con extraordinario realismo y fuerza. Era la única vía posible.



FICHA TECNICA

DIRECTOR:	Clemente de la Cerda
ACTORES:	Orlando Zarramera María Escalona Consuelo Rodríguez (Chelo) María Gracia Bianchi Carlos Carrero
MUSICA:	M. A. Fuster.
DISTRIBUIDORA:	Blanca
COSTO:	850.000 Bs. (Crédito de Corpoturismo)
DURACION:	116 minutos
ESTRENO:	Caracas, 30 de junio de 1976.